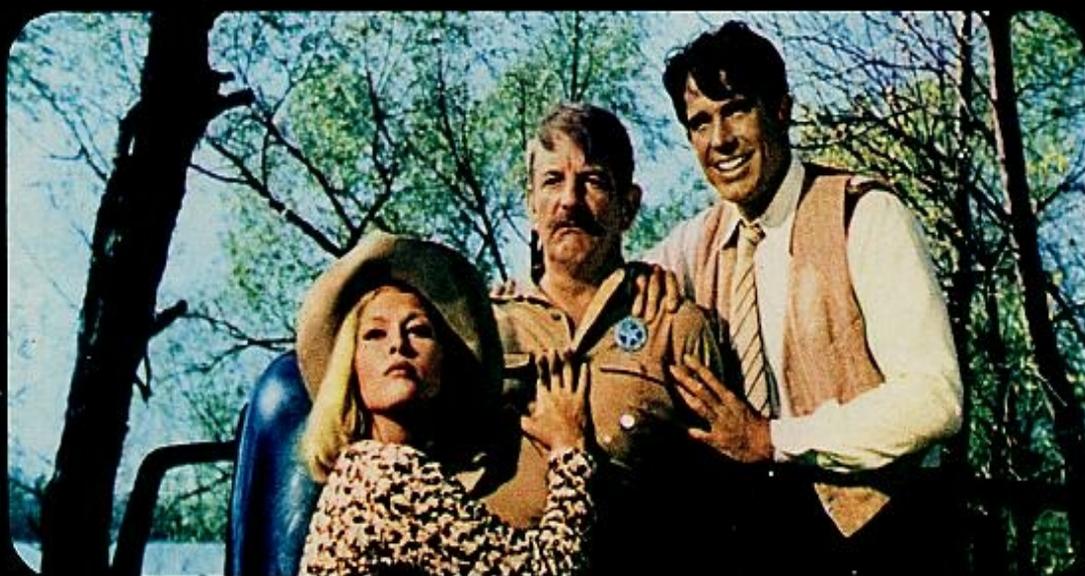


Una epopeya americana
1934 para 1968

BONNIE

&

CLYDE



Bonnie y Clyde
—Faye Dunaway y
Warren Beatty—
han llegado a ser
la pareja más
popular del momento.
Sobre estas líneas,
el momento
de su muerte.
Arriba, a la izquierda,
obligan a Frank
Hamer, de los
"ranger" de Texas
—Denver Pyle—
a posar con ellos
en una tola
vegetaria y ridícula...



"S

ON jóvenes, se aman, matan». Con este slogan se ha lanzado en el mundo entero la que sin duda es «la película del año». Al margen del premio obtenido en Mar del Plata, al margen de la posibilidad —casi certeza— de que se lleve el inminente Oscar a la mejor película del año, «Bonnie & Clyde» lo es, sin discusión. Sobre ella se han llenado páginas y páginas. Warren Beatty, actor en eterna desgracia, a pesar o gracias al hecho de ser hermano de Shirley McLaine, ha recuperado su perdido prestigio. Faye Dunaway, una actriz desconocida hasta ahora a pesar de su ya poderoso historial, ha saltado a la fama internacional. Arthur Penn, el director, «maldito» hasta ahora, se ha convertido en un campeón del «box-office», lo que no había logrado, a pesar del éxito que obtuvo en nuestro país «La jauría humana», con sus films anteriores, entre los que hay que contar uno tan a priori destinado al triunfo como era «El milagro de Ana Sullivan».

«Bonnie & Clyde» ha sido, en suma, la película «milagro», aquella que, al margen de todas las previsiones, de todas las combinaciones económicas, no sólo está batiendo todos los records de taquilla en los países en los que ha sido proyectada, sino que al mismo tiempo está coleccionando los más brillantes epítetos de la crítica internacional, sea cual sea su tendencia.

La historia de su gestación es conocida. Se trata de un curioso caso de ósmosis a varios grados. Los autores del guión, Robert Benton y David Newman, pensaron que se trataba de un film que debía ser realizado por Truffaut, al que admiraban extraordinariamente. Se lo propusieron. Era el momento en que el autor de «Jules et Jim» se encontraba rodando «Fahrenheit 451» y el asunto no siguió adelante. Hablaron después con Godard. Pero intervino la climatología. El autor de «A bout de souffle» estaba dispuesto a filmar el film en dos semanas, pero era invierno y la acción transcurría durante el verano... Entonces, una vez que los realizadores europeos que más admiraban el cine americano se vieron imposibilitados para realizar el film, le llegó el turno a uno de los realizadores americanos más apto para ser bien acogido por los «Cahiers du Cinéma» de ocuparse del asunto. Arthur Penn, en efecto, ha sido durante años uno de esos realizadores incomprensidos en su país y admirados por un amplio sector de la «intelligentzia» europea. «El Zurdo», va



El aspecto de los auténticos Bonnie y Clyde era muy diferente del de los actores que les han dado vida en la pantalla. Pero las exigencias del cine imponían el culto al "star-system", aunque la carrera de Warren Beatty estuviera en barrena y la fama de Faye Dunaway no hubiera sobrepasado, en la época del rodaje, las fronteras de Broadway. Las fotos en blanco y negro, a la derecha, enfrentan a la pareja cinematográfica con la real.

riación sobre el tema inagotable del celebre bandolero Billy el Niño, fue no sólo mal acogido en Estados Unidos, sino que sirvió de piedra de escándalo, en parte debido a su inusitada violencia y en parte a las derivaciones homosexuales de la anécdota. «El milagro de Ana Sullivan», adaptación cinematográfica de la obra de William Gibson, que en nuestros escenarios supusiera la revelación a escala multitudinaria de Lola Cardona, no llegó a sobrepasar el éxito de la versión escénica, que, por otra parte, había montado el propio Penn con la Anne Bancroft que interpretara el film y que por el ganara el Oscar. «Mickey One» fue, según parece, un fallo de su carrera. Y «La jauría humana» no ha logrado, como ya queda dicho, en ningún país el apoteósico éxito que en el nuestro. Por otra parte, el hecho de que Penn fuera el director de «Bonnie & Clyde» no fue algo que se decidiera de inmediato, a raíz del fallo de Truffaut y Godard. Warren Beatty, que atravesaba por un mal momento como actor, estaba decidido a pasar al otro lado de la cámara y pensaba dirigir él mismo la película, además de producirla. A última hora pensó que, si además debía interpretarla, la acumulación de funciones podía resultar excesiva. Optó, en suma, por Penn. Y, después, el diluvio...

Porque lo de menos, ante el fenómeno «Bonnie & Clyde», es el éxito de la película como mero producto cinematográfico, como mercancía o logro escénico. «Bonnie & Clyde» se ha convertido en un símbolo, en un símbolo que abarca muchas cosas, desde la nostalgia bien o mal asimilada a la violencia como necesidad, desde la sublimación de la cultura «pop» al homenaje a la libertad de



expresión de los cineastas europeos independientes, desde la moda a la canción, desde el «comico» a la política.

En estos últimos meses todo es «Bonnie & Clyde». De un modo más o menos auténtico, obedeciendo a razones más o menos válidas, se ha producido a escala mundial un fenómeno de adopción de modos y estilos de los años treinta que si no ha surgido únicamente de la película, sí ha tenido en ella su máximo punto de apoyo. Sobre las razones del referido fenómeno habría mucho que hablar y, por otra parte, se trata de un tema que ha quedado ahudido más de una vez en estas mismas páginas. El hecho, en cualquier caso, se ha producido. Las falidas se han alargado, han vuelto las boinas ladeadas, las lacias melenas rubias; la violencia ha vuelto por sus fueros; una época tan aparentemente detestada como la que sirve de marco al film es reestudiada, rehabilitada; lo que hasta ahora había sido privilegio de los «happy few», del New Deal al cine «de gangsters», del crack económico a la «generación perdida», vuelve a ser objeto de atención internacional...

¿Qué es, en fin de cuentas, «Bonnie & Clyde»? El asunto de la película es simple, casi lineal. Insólito, sólo hasta cierto punto. En él entran elementos ya clásicos de la narrativa americana en cada una de sus formas. La pareja de relación difícil, la violencia como sustitutivo de un erotismo difícilmente realizado, el itinerario geográfico como encarnación a ras de tierra de un itinerario de los personajes hacia el fondo de sí mismos. Bonnie, aburrida, en pleno momento de depresión

BONNIE & CLYDE



B. B., POR EJEMPLO

Desde hace unos meses todo es «Bonnie & Clyde». Especialmente en Europa y, dentro de ella, en Francia e Inglaterra. Antes de que el film fuera estrenado en París, Brigitte Bardot le dio el más eficaz de los espaldarazos al incluir en su «show» de Año Nuevo, rodado para la televisión en color, un sketch inspirado en la célebre pareja. Junto a ella actuaba Serge Gainsbourg, un cantante y compositor últimamente un tanto oscurecido que con su participación en el espectáculo televisivo ha visto de nuevo aumentada su cotización. Ni que decir tiene que la adopción por B. B. de la moda «B & C», el hecho de haber tratado el tema en la emisión, han sido elementos condicionantes de la sucesiva popularidad del film en las pantallas francesas, dada la influencia que todo lo que haga o diga la que sigue siendo sin discusión la «star» número uno de Francia sigue teniendo en su país.



LA BALADA DE «B & C»

Naturalmente, dada la estrecha relación que en la actualidad existe entre todo lo que de una u otra forma se considera «in» y el mundo de la canción, no podía dejar de surgir una inspirada en el film que, sin duda, es el más popular —y el mejor lanzado publicitariamente— del año. Georgie Fame, un excelente cantante inglés, ha sido quien primero la interpretó y la hizo encaramarse al primer puesto de los «hit parade» británicos. Luego otros intérpretes, en distintos países, han grabado sus respectivas versiones. En Francia, Johnny Hallyday, que ha tenido problemas con la censura. Y en España Los Catinos, Los Mustang y Encarnita Polo...



Sería una pena que no lo hiciera. No... no a la chica. Por que ella es muy atractiva. Pero... fije sus ojos que ella lleva. ¡Contéplela! Es la última S-10 hecha por Kodak. No es nada fea. Es elegante, estilizada y bonita... además las ventajas que el sistema Instamatic, fácil de cargar, etc... etc... etc... Pen mejor... quizás debería tratar de conocerla, es muy interesante y... sabe...? Puede aceptar su invitación a cenar y dejarle su cámara (como también tiene cubo



supuesto en algo tima mo- ¿Ver- más con tic le ofre- sándolo a la chi- ¿Quién vitación S-10, flash



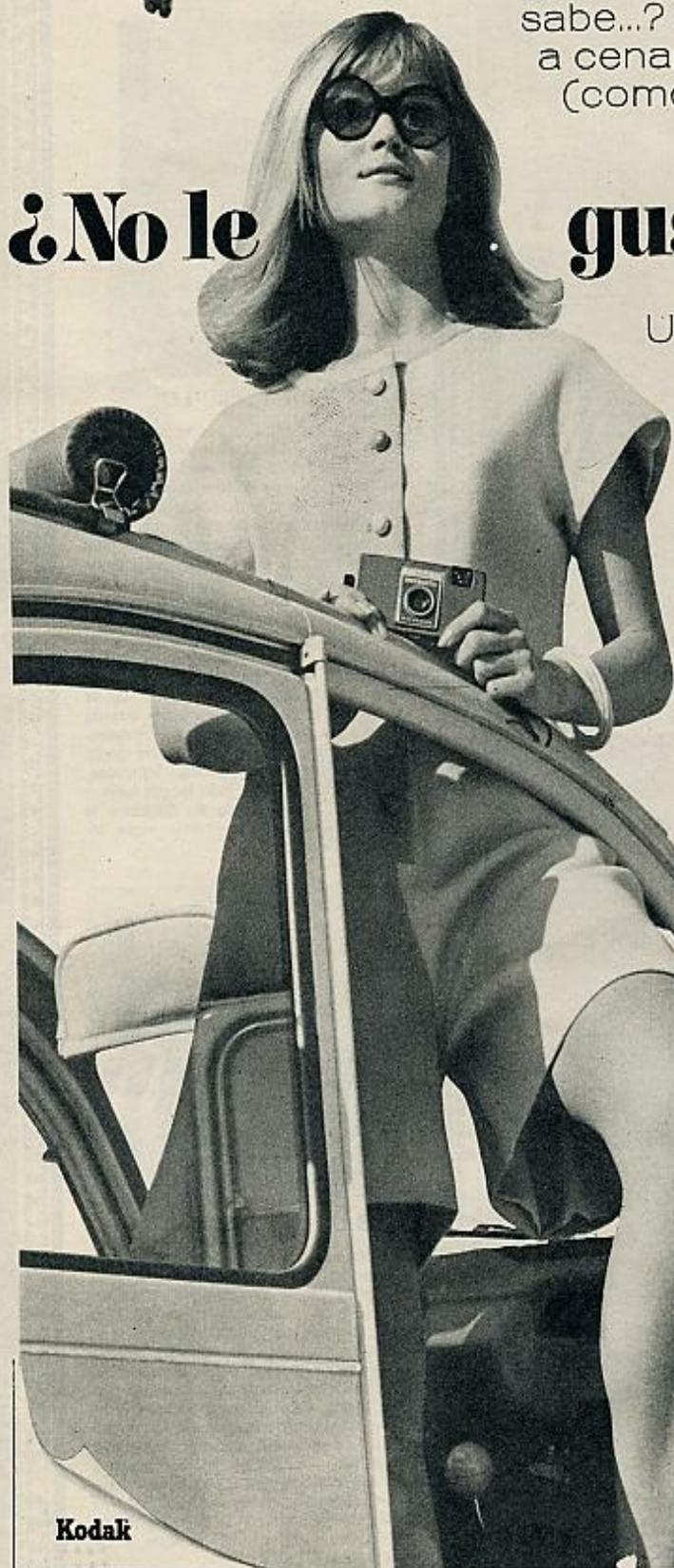
¿No le gustaría conocerla?

Ud. podría tomar cuatro fotos seguidas de esa bella muchacha) ¡Un buen principio! Bueno, si no le hace caso Ud. puede comprar una, pero cuando lo haga no la compre sólo por su apariencia.



Modelos de GRIFF

Kodak



BONNIE & CLYDE



«B & C», EL COMIC Y LA CARICATURA POLITICA

Si la canción tiene su «B & C», el «comic» no podía ser menos. La historia de la célebre pareja, con sus dosis de violencia y sexo, se adapta perfectamente a las exigencias de la historieta «para adultos». «All Baba», una revista italiana que acaba de aparecer, publica en la portada de su primer número —que reproducimos— una de las viñetas del «comic» que sobre el tema aparece en sus páginas interiores. Y, como complemento, reproduce una caricatura del dibujante americano David Levine aparecida en portada de la revista quincenal «New York Review of Books» que provocó, en el número siguiente al de su aparición, la siguiente réplica en la sección de cartas de los lectores: «Su cubierta del 7 de diciembre de 1967 es un incalificable insulto a Bonnie & Clyde».



PUBLICIDAD, PUBLICIDAD, PUBLICIDAD

El insospechado éxito del lanzamiento de «B & C» —posiblemente ningún film, en la historia del cine, ha sido tan conocido en el mundo entero antes de haberse proyectado— ha hecho que todo lo relativo a él haya sido utilizado con fines publicitarios para anunciar toda clase de productos, toda suerte de artículos de consumo. La metralleta se ha convertido en accesorio imprescindible para la señorita que alaba las calidades de cualquier mercancía. En el Salón del Automóvil que acaba de inaugurarse en Ginebra, el último modelo de «Sunbeam» se presenta en el stand escoltado por dos bellas muchachas ataviadas a la moda «B & C» y luciendo, como está mandado, el mortífero artefacto...



La banda de Bonnie y Clyde era, en el fondo, un círculo familiar. A ella se habían unido Buck Barrow, hermano de Clyde, y su agria esposa Blanchegene Hackman y Estelle Parsons —y C. W. Moss, Michel J. Pollard—, que se ocupaba de cuidar del coche mientras la pareja cometía sus atracos.

—personal y económica— mira por la ventana. Abajo, Clyde intenta robar un coche. Ambos intentan deslumbrarse el uno al otro. Ella presume de libertad, él de independencia: roba bancos. De común acuerdo deciden unir sus vidas, a condición de que Clyde demuestre que no está mintiendo. La demostración se lleva a efecto después de una exhibición de pericia balística. A partir de entonces comenzaron sus correrías a través de la geografía del país. Hacer lo que hacían les divertía, les llenaba lagunas. Hasta que surgieron los inconvenientes. Pero entonces los lazos que les unían eran demasiado fuertes. Aunque Clyde no fuera en exceso partidario de las mujeres, Bonnie le gustaba. A Bonnie, por su parte, le gustaba Clyde, le necesitaba. En cualquier caso, se entendían de maravilla a la hora de «dar un golpe». Su carrera no podía sino salir ganando con ello. Se divertían. Lo pasaban bien. Confesaban a quien quisiera oírles su «profesión». Un día se encontraron con C. W. Moss. Lo tomaron como chófer. Era útil. A pesar de que el primer banco que atacaron con él resultara un fracaso, por aquello de la quiebra. Lo que, por otra parte, produjo en Bonnie una crisis de carcajadas. Por fin, lograron encontrar un «procedimiento». C. W. —en las iniciales no puede olvidarse el homenaje al insigne e inolvidable cómico W. C. Fields— es un personaje ambiguo —no más de lo que lo son todos los que intervienen en el film— que se amolda a las circunstancias a condición de que ello sea rentable, de que ello represente una «salida». Hasta que tuvieron una sorpresa. Y un muerto. El primero. Lo que se tradujo en la primera efusión amorosa de Bonnie y Clyde. Su hermano Buck, por otra parte, acababa de salir de la cárcel. Y su esposa Blanche, hija de un pastor protestante, puritana hasta el extremo, le incita al mismo tiempo que le prohíbe la colaboración con sus parientes. Tiene experiencia. Pero la técnica no basta. Ni el hecho de que la policía comience a tomarse el asunto en serio. Las metralletas rugen sin descanso. Los tiroteos se suceden los unos a los otros. El «transfert» continúa. Las relaciones entre Bonnie y Clyde seguían siendo tensas. Inconsútiles. Quemaban las fronteras interestatales. Texas, Missouri, Kansas, Nebraska, Iowa. Hasta que un «ranger» de Texas, Hamer, les sorprendió. Una foto inmortalizaría el momento: un momento, naturalmente, de predominio de Bonnie y Clyde, que para llevar al extremo el carácter vejatorio de su relación con el representante de la Ley le obligarían a posar en una foto caricaturesca con ellos. Pero Hamer no olvidaría la afrenta. Les perseguiría implacablemente. Hasta el punto de ser el responsable de su muerte —esa inolvidable muerte llena de una sangre obscena y rodada al «ralenti», muerte con la que acaba la película.

¿Es el fin o es el principio? Bonnie y Clyde, mister Barrow y miss Parker, murieron en 1934. Han pasado otros treinta y cuatro años más. Treinta y cuatro años de historia del mundo, con una guerra mundial, múltiples guerras civiles, numerosísimos acontecimientos históricos. Han ocurrido, evidentemente, cosas más importantes en el acontecer del mundo que las hazañas de Bonnie y Clyde. Sin embargo, el mundo, nuestro mundo 1968, los ha elegido como símbolo, como ese símbolo del «mundo como voluntad y representación» —que diría Schopenhauer— que la civilización actual parece necesitar, aun a sabiendas de lo que las teorías del célebre filósofo representarían para el porvenir inmediato de la humanidad que había de sucederle.